



Espiritualidad, política y transcendencia

Ana Zagari

Para abordar la relación entre la política y la transcendencia, resulta interesante recurrir al nombre de espiritualidad. Si en primer lugar nos acercamos a una definición del término, resulta que abarca todo lo relativo al espíritu. Algo tan amplio como la definición misma de hombre. Prefiero entonces abordar la cuestión de manera situada, en América llamada latina, que es mucho más que eso pero que nos demarca una cultura que en sus rasgos plurales, mestizos, se reconoce en esa apelación.

Las manifestaciones de la cultura latino-americana son todas por su propia condición, mestizas. No se trata aquí exclusivamente ni del mestizaje étnico ni del mestizaje racial, sino de ver que la condición de existencia de una lengua, de un discurso, de una manera de pensar en América Latina, es el mestizaje. Una espiritualidad mestiza que conjuga el catolicismo con el candomblé, en Brasil. Una política mestiza, que toma las clásicas categorías de la lucha de clases y la transvalorar en una tercera posición. Se es mestizo en América aunque no se tenga una sola gota de sangre india o una sola gota de sangre “blanca”. Nosotros somos mestizos, y en ese nosotros están los indios que sobreviven aún en tierra americana, tanto como los latinoamericanos de la primera generación, sus hijos, sus nietos, y también los hijos de los que llegaron desde Europa. Y también los europeos que habitan nuestro suelo.

“El mestizaje (...) no pertenece exclusivamente al terreno de la biología sino que concierne a todo el continente.”¹

Se trata de acceder a una *categoría* cultural, política, espiritual, la del mestizaje que, como tal, domina las producciones culturales reconociéndose en un origen simbólico, cultural, y mítico, 1492, y deviniendo un signo en la cultura americana. Es signo en tanto que marca, y distinción.

¹ Kusch, Rodolfo. La seducción de la barbarie.



El mestizaje es una cultura porque ese signo ha hecho serie. En nuestro caso hablamos de la cultura americana. El mestizaje es palabra y como tal, encierra valor. En el diccionario de la Real Academia Española, el valor dado al verbo “mestizar” era claramente peyorativo. La acción de mestizar está definida como un defecto. Se leía en muchas de las ediciones de este texto: mestizar, de mestizo: (1) corromper o adulterar; (2) las castas que se acoplan o la copulación entre individuos que no pertenecen a la misma casta; (3) mestizo es una palabra que data del 1600 derivado del latín *misticus*, derivado a su vez de *mixtus*; (4) la familia de palabras que completa la versión existente en lengua española y dice: mestizo es el que está corrupto o mezclado. Si pensamos que la definición data del siglo XVII surge una asociación inevitable: la filosofía de Descartes enseñó que la verdad está más cerca de la simplicidad que de la complejidad, y ésta es toda una visión del mundo. La proposición latino-americana comprende el mestizaje como una virtud. Y comprende que en el mestizaje se pone en juego una visión distinta del mundo. Es decir, el mestizaje entendido como una categoría cultural, política y espiritual americana no señala solamente la mezcla de ideas o de razas sino que más bien se encuentra en la base de una visión propia de las cosas que tiene su propio relato. Y como tal, produce efecto sobre las diversas manifestaciones intelectuales, artísticas, religiosas, políticas y del pensar de América.

Los valores de simplicidad, unidad, y universalidad son propios de una cultura que los subraya constantemente no sólo en Descartes y la ciencia moderna, sino también en el sistema hegeliano, a pesar de que hoy están puestos en cuestión también en Europa pero sin embargo son siempre los que dan razón de ser a esa cultura desde su nacimiento.

Querría manifestar que a pesar de que los filósofos postmodernos que sostienen el valor de la complejidad mediante el reconocimiento de las diferencias y que reniegan del absolutismo de todo sistema, ellos también sin embargo son deudores de una visión del mundo que hoy podríamos llamar el nihilismo europeo, tanto por el estilo de su escritura como por las formas metodológicas de abordar a los sujetos.



Nuestra historia es totalmente diversa: en 1492 los españoles llegan a nuestras culturas, la pregunta es ¿son ellos los representantes representativos de la Europa del Renacimiento? España no es ni la Europa de la filosofía ni la Europa de la ciencia. Es la Europa de la novela, de la bravura, del catolicismo. El espacio inconmensurable, las divinidades múltiples, los climas y las vegetaciones diversas y sobre todo exuberantes, las razas jamás vistas, le hacen creer erróneamente al español que ha arribado a las Indias occidentales... De todo este devenir surge América. La marca es el mestizaje en todas sus versiones. Es el nuevo mundo. Su virtud es ser otro. Presentadas así las cosas, sería interesante inquirir acerca de las categorías más significativas del pensar americano en algunas de sus obras, novelas o ensayos, poesía o aforismos filosóficos. A veces de manera silenciosa o inconsciente, otras de modo explícito, el pensar en América está atravesado por la categoría de mestizaje. Agustín De La Riega, filósofo argentino muerto muy joven, profesor de nuestra Casa durante la década de los '70 y '80, enumera de una manera muy convincente las características propias de la filosofía en la Argentina, siempre cercanas dado que se trata de ensayar ideas propias, a la preocupación por la política: "a- uno de los trazos característicos de nuestra forma de ser europeos es la conciencia de no estar nunca en el centro (...) b- otro trazo típico es que la razón normativa tradicional nos llega solamente después de la época moderna europea y a través de un regreso a sus fuentes poco fiable y poco fiel al nuevo contexto (...) c- las naciones de nuestro continente, en particular aquellas del cono sur, son naciones en curso de constitución". Las nociones de tiempo y de espacio están presentes en esta breve enumeración: para un americano la razón de ser europeo es la de ser a partir de una relación con un otro, descentrada, y el modo de pensar europeo llega al final, dirá el filósofo, en el viejo mundo; agreguemos que la temporalidad europea pensada lineal y evolutivamente se topa con una temporalidad precolombina *diferente, compleja y sagrada*. Del mismo modo el lugar de los dioses posee en realidad una dimensión inhabitual para cualquier europeo, y esto es así porque para las dimensiones conocidas, en América todo resulta insuficiente. Relata Alejo



Carpentier que cuando Bernal Díaz del Castillo llega por primera vez a la ciudad de Tenochtitlán, capital de México, se encuentra con una urbanización de cientos de kilómetros cuadrados. En la misma época París tenía trece, y agrega que en sus cartas narrativas Hernán Cortés después de haber relatado lo que ha visto de México escribe que no sabría cómo nombrar estas cosas, no sé explicarlas. Las cosas que no podían ni siquiera ser nombradas tampoco podían ser pensadas. Un mundo es una lengua. En ese sentido Cortés experimentó su visión de un mundo que le era desconocido, en el que las dimensiones espacio-temporales le resultaban desmesuradas. El hombre europeo no ha conocido a través del entendimiento lo real indefinido como aquél que se encuentra en estas tierras y tampoco el tiempo inconmensurable que acompaña la razón de ser del mundo americano.

También es posible pensar el mestizaje de otra manera, en los términos mucho más contemporáneos, utilizando el concepto de complementariedad, concepto que nos permite sugerir un universo plural donde las diferencias aparecen simultáneamente y tienen la característica de no anularse como tales. La luz es a la vez onda y partícula, según nos han enseñado los físicos cuánticos, y siempre ella sigue siendo luz. América es la conjunción de la cosa ab-origen y de la cosa moderna, de la medida y de la desmesura, del tiempo lineal y del tiempo sagrado, de una lengua heredada que no se habla ni se escribe como la lengua heredada. América también es postmoderna antes de tiempo. Todo lo que aquí llega se transforma de alguna manera en diferencia, en otra cosa. Y al mismo tiempo el mestizaje que se da en el nuevo mundo hace que las expresiones de cualquier acontecimiento sean formas que ensayan a través del pensamiento cómo explicar esto que se denomina nuevo. En consecuencia, no existe de antemano un pensar filosófico que pueda explicarnos. Es por esta razón que la filosofía en América Latina se vincula fuertemente con la literatura. Es porque aún seguimos ensayándonos.

Y si existe un postmodernismo avant la lettre, lo que lo diferencia de la postmodernidad conocida en la filosofía europea, es que el horizonte americano permanece abierto y en



construcción. El nihilismo o el escepticismo son más bien una fantasía lejana que una realidad. Si tuviéramos que definirlo podríamos afirmar que el nihilismo es la etapa superior del escepticismo. América Latina es un continente en el que hay mucho sufrimiento pero poco desencantamiento. En nuestro suelo el horizonte todavía permanece épico. Y quiero apelar una vez más al maestro Carpentier: “pienso que la novela latinoamericana actual relata la épica. Y la futura novela latinoamericana debe ser épica necesariamente”². Esto es válido también para la filosofía. El mestizaje mismo es una epopeya y es éste el rostro original de América Latina.

Lejos de mi intención ignorar las así llamadas mega tendencias: aldea global, era tecnocrónica, sociedad mediática, son hipótesis que reflejan una cierta realidad mundial y que derivan de viejos conceptos modernos como los de univocidad fundamentalmente, traídos desde Europa. Es posible pensar y tener una economía transnacionalizada o supranacional, y no es solamente posible sino que los ejemplos de la Comunidad Europea o el Mercosur reflejan esta necesidad. Pero también es verdad que las diferencias culturales y lingüísticas, más allá de que haya un proceso de homogenización en estas formas transnacionales, permanecen en las lenguas más allá de los efectos del inglés como lengua franca en los asuntos comerciales; y, si esto es así, es porque en América Latina la creatividad inmanente de cada pueblo mantiene una intensidad muy fuerte.

Por ahora es muy difícil pensar en un futuro de lengua única. Finalmente si es verdad que el mestizaje es un concepto que muestra la epopeya de América Latina, no es menos cierto que los modelos de transparencia racial o conceptual, modelos basados en el pensamiento único, en la protección de las fronteras, en la desestimación del extranjero, son más violentos e indeseables.

Por otro lado, si es posible avizorar el mestizaje como epopeya es porque en toda mezcla hay lucha y movimiento, y esto provoca diversas formas de contradicciones que se sostienen a

² Épica y barroca serían las notas distintivas de la novela en América latina



pesar de ellas, como en la figura retórica del oximoron.

Estas contradicciones complementarias son a la vez étnicas, espirituales, y sus resultados configuran una trama inextricable y compleja, un estilo que permite hablar de un horizonte cultural propio. En América Latina el mestizaje es el orden de la vida. Intelectualmente podemos afirmarlo o negarlo, podemos ser mestizos incluso por omisión o de manera inconsciente, pero como lo decíamos al principio, lo que resulta imposible es dejar de ser mestizos.

Hacer de nuestra marca una virtud, ésta podría ser la apelación que Carlos Fuentes hace en un largo reportaje del año 1993 en la revista Ajo blanco, al definir el mestizaje como encuentro de culturas, afirmando que la historia de España tanto como la de América Latina o la de Estados Unidos, está atravesada por diversas culturas: africanas, india, blancas, por lo cual el mestizaje es un hecho inevitable y más que inevitable, es una virtud.

Carlos Fuentes opone el concepto de mestizaje al de racismo, y nos alerta sobre el peligro que en este siglo, si pensamos en la globalización como la consumación de una identidad única, la de los países de mayor poder de decisión, la discriminación será la primera plaga contemporánea.

Mestizaje o racismo. Problema contemporáneo que acucia a muchas sociedades, sobre todo a las europeas que hoy se debaten entre la “contaminación cultural” o una legislación que deje afuera al impuro. En lo que a nosotros nos concierne, el racismo en la filosofía proviene de la siempre reclamada normalidad filosófica, y que se ha sostenido en nuestras tierras como si el único deber de los filósofos en la Argentina fuera el de conocer a los clásicos en sus lenguas originales. Esto no es más que el ingenuo deseo de un retorno a un tiempo originario. Nuestra pretensión es un poco más compleja, ya que no sólo reconocemos la necesidad de conocer la filosofía canónica, de utilizar las categorías clásicas, sino que al mismo tiempo queremos confrontarlas con nuestra realidad. En tanto aquellas han aparecido y se han fraguado en su propio contexto, es necesario ensayar categorías desde el nuestro que puedan describirnos.



Podríamos reformular el problema: cómo sería posible, por ejemplo, ser postmoderno en un lugar que jamás ha sido moderno o al que todavía le resulta difícil serlo y que ha sido primero postmoderno –en el barroco, por ejemplo-, y que de todos modos siempre es anacrónico en el *vis a vis* con la Europa tanto moderna como contemporánea.

Filosofía, política, literatura son construcciones de sentido que se bifurcan, se cruzan y se entrecruzan, que se piden mutuamente muchas veces saliéndose del camino propio, pero que no se pierden sino que se contaminan, y que en muchos casos mestizadas se reúnen para interpretar a América.

El mestizaje no es una forma exclusiva de América, pero tiendo a pensar que en muchos rasgos de su arte, de su religiosidad, de su pensamiento, es capaz de rescatarlo como una virtud. Por ello es posible pensar la espiritualidad ligada con esa forma, que ayuda a comprender los procesos de mimesis, intercambio, versiones de lo político, de lo religioso mestizados con valores que, aunque muchos recibidos, son incorporados en nuestra historia y transvalorados al punto de convertirse en cimientos de una nueva cultura, la nuestra.